

Breve reflexión en torno al “género”

Del defecto al exceso



A brief reflection about gender
From deficiency to excess

Mónica Adriana Mendoza Glez.
monicamendoza@filos.unam.mx

Hay mujeres veneno, mujeres imán
Hay mujeres consuelo, mujeres puñal
Hay mujeres de fuego
Hay mujeres de hielo
Mujeres fatal
Mujeres fatal
Joaquín Sabina

Sin duda, hablar de género nos remite al aquí y al ahora, a una especialidad que conjunta un sinnúmero de temáticas y términos tales como: sexo, violencia, mujeres, hombres, sistema sexo-género, construcción social, patriarcado, identidad, roles, derechos humanos, orientación sexual, feminismo, falocentrismo, diferencia, masculinidad, equidad, cisgénero, machismo, entre un largo etcétera. Por lo anterior, resulta complejo intentar abordar el tema sin dejar de lado muchos aspectos que se han vuelto imprescindibles al mismo.

Es así que, partiendo de lo anterior, y sin negar que la literatura que existe sobre el género es vasta y perteneciente a distintos campos de conocimiento, en este espacio breve, delinearé algunas reflexiones en torno a la mujer y su relación con el mal, el amor y la lucha feminista que ha ocupado gran parte de los espacios públicos y mediáticos; para ello tomaré breves ideas de ilustres feministas mexicanas como son Graciela Hierro, Marcela Lagarde y Marta Lamas y de Emilce Dio Bleichmar, psicóloga argentina. Dichas pensadoras pusieron el tema en la agenda académica lo cual ha transformado el lugar en el mundo de miles de mujeres y en el contexto actual arrojan luz y nos permiten dialogar con los nuevos planteamientos. Nuestro contexto actual nos demanda seguir analizando y discutiendo, a pesar de las incomodidades y sufrimientos que ello implica, pues es indispensable para todas y todos, ya que marca a veces de modo definitorio,

Resumen:

Retomando algunas ideas de feministas que sentaron las bases de la discusión y la transformación sobre el género en nuestro país, el presente escrito invita a la reflexión de algunas de las aportaciones de dichas autoras; así como el análisis de la relación que guardan estas ideas con las nuevas formas de lucha, mismas que contrastan con los ideales originales de la búsqueda por la emancipación de las mujeres. La invitación, finalmente, es a evitar los extremos que suelen juntarse; pretende delinear cómo puede la lucha feminista ser su propio obstáculo.

Palabras clave: mujeres, feminismo, género, acoso, denuncia.

Abstract:

This present writing invites to the reflection of some female author's contributions. It will pick up some feminists' ideas that established the foundations of the discussion and the transformation about gender in our country. It will be also taken into account the analysis about the relation that these ideas keep with the new forms of discussion that contrast with the original ideals of the search for women's emancipation. Finally, the invitation is to avoid the opposite ways that usually come together. It is intended to delineate how the feminist struggle may be its own obstacle.

Keywords: women, feminism, gender, harassment, complaint.

La mitología tanto griega como cristiana ha colocado en personajes como Pandora, Lilith o Eva la fuente primigenia del mal.

nuestra vida desde la niñez.

I. Mujer

Graciela Hierro en *La mujer y el mal*, plantea de manera clara y profunda la fijación ontológica que históricamente se ha predicado de las mujeres; mostrando cómo la mitología tanto griega como cristiana ha colocado en personajes como Pandora, Lilith o Eva la fuente primigenia del mal. No omite enfatizar la naturaleza masculina de la creación de los mitos, por ello es indispensable poner sobre la mesa que no se trata de un mal adquirido, cultivado o intencional; se trata del principio mismo:

En el mito y en la imaginación popular, las mujeres han estado unidas al mal como forma esencial del ser. En la mitología, en diversas tradiciones que se refieren al inicio del mal en el mundo humano, la mujer tiene una misión protagónica y se simboliza como la culpable de la maldad inicial. (Hierro, 1992, p. 168).

La mujer es culpa encarnada debido a su naturaleza, es el mal original y por tanto causa de caos; en contraste, el hombre/varón se erige como el principio de luz y del bien. De modo tal que impronta,

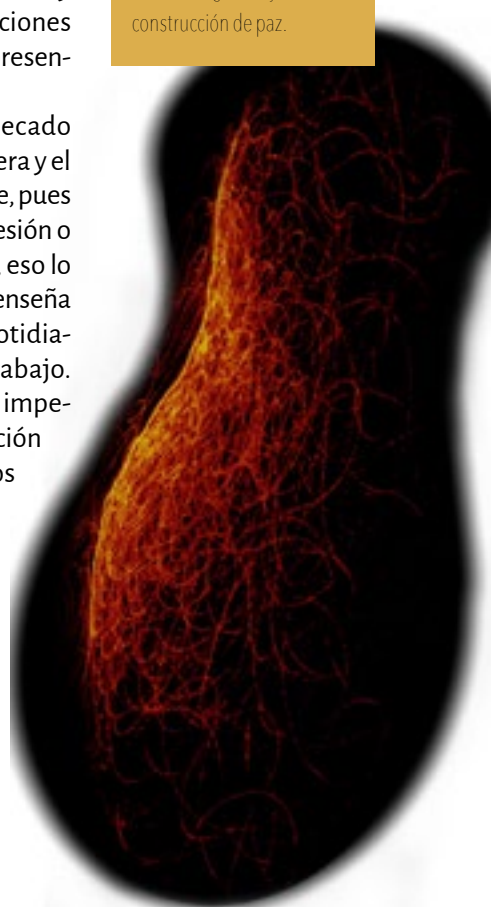
y que marca la vida de las mujeres y la historia de la humanidad, deberá estar regida de muchos modos, por la lucha contra esta naturaleza que origina desgracia y sufrimiento. Pero, ¿en dónde radica propiamente el mal en las mujeres? La respuesta para Hierro es “en su ser”, parece una aporía, no hay escapatoria y, a pesar de ello, el cosmos y la cultura brindan la expiación como posibilidad. Cuando el mal es ontológico, se vive en él y son las mujeres manifestaciones individuales del Mal como presencia de la unidad.

Como portadoras del pecado original, la expiación, la espera y el no-ser son un refugio posible, pues siempre el acecho de la agresión o la aniquilación está latente, eso lo saben (mos) desde niñas, lo enseña el entorno con lecciones cotidianas: casa, calle, escuela, trabajo. Ser la encarnación del mal impide a los demás a la destrucción del mismo. ¿Acaso estamos frente a una de las posibles respuestas sobre la violencia hacia las mujeres? Violencia que ha alcanzado a lo largo de la historia de la humanidad formas inenarrables.

Hierro nos dice, “[...] somos para los hombres

Mónica Adriana
Mendoza
González

Licenciada y maestra en Filosofía por la UNAM, especialista en gobernabilidad, derechos humanos y cultura de paz por la Universidad de Castilla-La Mancha (UCLM). Profesora de Filosofía en el Colegio de Ciencias y Humanidades y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Consultora independiente en derechos humanos, género y construcción de paz.





las mercedo-
ras de la opresión
por nuestra perversidad
anímica y física, las portadoras de la culpa, las
incitadoras del deseo masculino, las castrado-
ras del Edipo, en suma, las brujas y las feminis-
tas” (1992, p. 168).

El cuerpo y las supuestas cualidades femeni-
nas se convierten desde tempranas edades en
blanco de miradas, de deseos, de sexualizacio-
nes, hipersexualizaciones, de aspiraciones, de
señalamientos, de aceptación, encanto o recha-
zo, burla y repudio; siempre
desde la heteronormatividad.
La mirada y escrutinio de-
positado en el cuerpo, pero
también, y de manera con-
tundente, en el alma; a través
de la palabra, del tocamiento hostil, del rapto,
del abuso de poder. Hierro retomando a Nod-
dings, nos dice que:

El origen de sentir a la mujer como la encarna-
ción del mal radica básicamente en el deseo que
el cuerpo femenino levanta en los hombres, al
considerar ellos su propio deseo como malo y no
poder soportarlo, lo localizan en lo deseado: ella.
(Hierro, 1992, p. 39).

Hombres necios, cultura necia.

Pero siempre queda el refugio del amor, en
especial el amor maternal, como medio a través
del cual se puede expiar la culpa originaria, en-
focarse en el cuidado del otro. Es la dedicación
a la relación amorosa, el sueño de la perfecta
comunidad con un otro; pues la dialéctica se

compone de la necesidad de los otros
por el cuidado femenino, maternal y
amoroso.

Ante lo anterior, surgen posibles
preguntas: ¿Cómo aprenden las ni-
ñas-mujeres primero a reconocer el mal
inherente y después a intentar expiarlo? ¿Ser
mujer es el existir en la eterna culpabilidad?
¿Qué opciones hay: aceptar, pelear, cuestionar,
asumir, callar o gritar? ¿O queda sólo esperar a
que el orden patriarcal determine o permita el
ejercicio de la libertad y los derechos, el derecho
a “ser quien se es”?

Desde los años setenta (por marcar el mo-
mento más próximo) el movimiento de libera-
ción femenina que inició con serias dificultades,
ha dado frutos, manifestándose en diversos
feminismos y estudios de género de distintos

La mujer es culpa encarnada debido a su natura- leza, es el mal original y por tanto causa de caos.

sellos, aún así la tarea de deconstrucción y des-
mitificación de lo aprendido es ardua, pues co-
rre por las venas de la cultura que ha devenido y
se autoalimenta misógina.

En el libro de Roberto Calasso *Las bodas de
Cadmo y Harmonía*, leemos este pasaje:

Pero ¿cómo había comenzado todo? Si se prefiere
una historia, es la historia de la discordia. Y la dis-
cordia nace del rapto de una doncella, o del sacri-
ficio de una doncella. Y uno lleva continuamente
al otro. Fueron los “lobos mercaderes” desembar-
cados de Fenicia quienes raptaron en Argos la tau-
ropárthenos, la virgen dedicada al toro, llamada
lo. Como un mensaje de los montes, esto encen-
dió la hoguera del odio entre los dos continentes.
A partir de entonces Europa y Asia luchan, golpe
tras golpe. (Calasso, 2013; p. 13).

La doncella como expresión de la niña-adolescente, virgen ingenua de los placeres de alcorca, no reconoce aún el poder de discordia que provoca entre los hombres, hasta que empieza a padecer a causa de sí, aunque joven y virgen siempre es elegida o raptada, no hay tiempo para comprender al mundo; sin embargo, tiene la posibilidad de convertirse en una Lolita, de ser resiliente a su condición, aprovechar y constituirse en eso que le “tocó”. El entorno le enseña a emplear sus recursos de poder, que radican básicamente en su sexualización, en la seducción que provoca en los demás, aprende que son “valor de uso” y “valor de cambio”, y cuando estos encantos determinados por los estándares masculinos se pierden, se sustituyen con cuidados maternos, entregas, sacrificios o talentos.

II. Amor

La hipersexualización del cuerpo y del alma de las mujeres va de la mano con el sueño del amor, las mujeres aprenden por tanto a competir por ser dignas de la mirada masculina y la aceptación social, pelean en el escenario cotidiano por conseguir el “verdadero amor”, dirá Emilce Dio en su texto *Mujeres de siempre... mujeres del siglo XXI*. Dio señala que esta idea se encuentra instalada en la subjetividad femenina como creencia ciega. Todas las mujeres sueñan con el amor, y si éste no llega, no permanece, o no cumple con las exigencias sociales, la culpa se apodera. No basta conseguir el amor o parir hijos y educarlos, hay que preservarlos, hay que permanecer digna de la mirada del hombre y de los otros, buscando siempre ser objeto de deseo, o de

compañía; conseguir hasta el último momento de la vida, la estima de la familia o la visita del vecino/a, sonreír con el convencimiento de que tanto sacrificio ha valido la pena:

La omnipresencia del sentimiento de culpa es constante y siempre tienen (las mujeres) un argumento que parece verosímil: por no poder mantener el amor, por no haber sido suficientemente paciente, tolerante, o sea, ante la reacción normal por sentirse sometida, por haberlo provocado, por acusarlo denunciándolo, por las consecuencias para la familia, por los efectos para los hijos/as, por estar sola y sin amor. Todo las hace acudir al sentimiento de culpa... (Dio, 2014, p. 43).

Podemos añadir culpas a la lista: por la vida que llevan los hijos, por envejecer, por las enfermedades heredadas a los hijos, por no haber sido la mejor madre o esposa, por no cuidar al enfermo, por tener que trabajar, por no poder hacer más, por estar yerma. La expresión freudiana de “infancia es destino” aquí toma la forma de “mujeres destino”, “mujer-miedo”, me decía un amigo colega al respecto del temor latente de ser violentada. Pero para ellas siempre está la ilusión del amor sanador y salvador.

La creencia ciega en el “amor verdadero” dota de sentido y gracia al existir, la disponibilidad sexual para con el amado adquiere forma romántica y conjura la etiqueta de “mujer fácil/prostituta”, legitima la erotización y el goce; pero es permitido sólo así, con la garantía y promesa del amor perdurable, aunque en variadas ocasiones se queda el sentimiento del engaño y el abuso, de la utilización.

¿Posibles razones de las mujeres asesinas?

¿Cómo aprenden las niñas-mujeres primero a reconocer el mal inherente y después a intentar explicarlo?

Mujeres acorraladas, nos dice la antropología feminista de Lagarde en *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, presas, putas y locas*; en alguna cárcel de estas habita la existencia femenina, pero ¿se puede salir? ¿se desea salir? ¿cómo se sabe que se desea salir si muchas mujeres no se han construido como un ser en sí? No lo sé, pues la historia se repite en muchos espacios: el hombre-poder que imprime su fuerza, que decide, que elige, que mata, que pega sobre la mesa o sobre los cuerpos. En los cautiverios también están los cuerpos femeninos jugando el rol del poderoso, hay un nivel de dominio (en los puestos de poder) en el que el cuerpo no importa, lo que importa es el rol que asume, exigencia de la misma heteronormatividad.

Las feministas coinciden, el dominio de un género sobre otro/s es el común denominador, el “ser para otros”, la entrega del cuerpo sexual y maternal, la dedicación a las tareas de cuidado, la triple jornada de trabajo, entre otras más. Cuando nace una “mujer” la cultura moldea, capacita y la entrena como cuidadora, tutora y preserva así la cohesión social; ¿cultura sabia que coloca en las manos femeninas la responsabilidad del mundo? Se tengan o no hijos o marido, la tarea se ejerce:

Todas las mujeres por el sólo hecho de serlo son madres y esposas... La maternidad y la conyugalidad son las esferas vitales que organizan y conforman los modos de vida femeninos, independientemente de la edad, de la clase social, de la definición nacional, religiosa o política de las mujeres. (Lagarde, 1990: 365).

Las mujeres pueden ser madres temporales o permanentes –además de sus hijos–, de amigos, hermanos, novios, esposos, nueras, yernos, allegados, compañeros de trabajo o estudio, alumnos, vecinos, etc; son sus madres al relacionarse

con ellos y cuidarlos maternalmente. Son esposas de sus esposos pero también de sus padres, de familiares, de amigos, de novios, de jefes, de maestros, de compañeros de trabajo, de hijos... (Lagarde, 1990, p. 364).

Las mujeres son las madres del mundo, pero la función maternal está diferenciada, cuando se trata de varones el cuidado es hacia y para ellos, pero cuando se trata de las hijas, lo que se cuida es el honor expresado en el himen intacto, en primera instancia como compromiso con el padre, y en segundo como compromiso hacia el futuro yerno. Hay que “Dejar bien casada a la niña”, los suegros también hacen de guardianes “Es una chica de su casa, de buena familia”. El eros-líbido freudiano amordazado desde la infancia para evitar el camino de la liviandad, la autonomía finalmente como proyecto malogrado. ¿Cuántas mujeres-proyecto de otro/s caminan a nuestro alrededor?

Y así, cada uno de los cautiverios en los que profundiza Lagarde, en más de ochocientas páginas, dejan un reto que parece infranqueable, y se suma a los nuevos encierros que el advenimiento de las redes sociales y la vida líquida imponen. Siempre el amor, (Lipovetsky, 1999, p. 23) advierte “No hay que hacerse ilusiones: incluso en lo más álgido del periodo contestatario, las mujeres jamás han renunciado a soñar con el amor”. Lo podemos constatar en las falaces liberaciones que promueve la propaganda neoliberal, a través de ropa, accesorios, prácticas sexuales, estatus social, dinero, mismos que pretende con brillo falso construir el teatro de la felicidad femenina.

III. ¿Salida?

Mujeres atrapadas: ¿Ariadna, no le des el ovillo mágico a Teseo, te abandonará en la isla de Naxos, úsalo para entrar en tu laberinto, combatir



Las feministas coinciden, el dominio de un género sobre otro/s es el común denominador.

al minotauro y salir! ;Quizá en el camino encuentres a Dioniso, quizá no!

En el camino de las Evas, Coatlicues, Ariadnas y Liliths por construir su propio rumbo, ha corrido mucha agua bajo el puente; pero desafortunadamente, la lógica pendular del defecto y el exceso de la que nos advirtió Aristóteles se ha apoderado del movimiento social, que, paradójicamente al decir de Marta Lamas (2018), contribuye al puritanismo más alejado del ideal de emancipación originario. Los extremos se juntan. El feminismo fracturado, atomizado, se mira con sospecha en sus distintos matices y desde sus diversas trincheras; quizá haría falta pensar en un feminismo analógico, siguiendo la invitación a la virtud de inspiración beuchotiana, enfoque que nos aleje de univocismos y equivocismos.

¿Cuáles son las aporías de las nuevas formas de emancipación femenina? La crítica de Lamas, es categórica, entre otras, nombrar a todo “acoso”, “El discurso sobre la mujer víctima fortalece el paradigma político conservador sobre el género y la sexualidad” (Lamas, 2018,

pp. 58-59). Las palabras son como monedas que con el uso pierden su troquel, expresaba Nietzsche; en este contexto, “si todo es acoso, nada es acoso”, encuentros sexuales alejados del ideal erótico-romántico en donde la culpa y el arrepentimiento se apodera. El contexto perfecto, la sociedad conservadora estadounidense, donde a mediados de los años ochenta, emerge el fenómeno de una “epidemia de violencia sexual”, pánico sexual en las universidades. Las denuncias rebasan a las autoridades universitarias, y las someten a emitir procedimientos desesperados ¿casualidad en nuestro país?

Nos dice la antropóloga siguiendo a Roiphe, joven feminista de ese entonces en Harvard:

Al analizar el contexto cultural que favoreció a que las estudiantes confundieran un incidente de mal sexo con una violación, Roiphe detecta el puritanismo que sobrevuela los campus. ¿Se vale considerar violación a un encuentro sexual que inicialmente aceptaste y del que te arrepientes luego de que sucedió? (Lamas, 2018, pp.60).

Todas las mujeres sueñan con el amor, y si éste no llega, no permanece, o no cumple con las exigencias sociales, la culpa se apodera.

La victimización surge en este contexto, a raíz del pánico moral que obnubila e imposibilita la distinción precisa, la mirada aguda, el análisis quirúrgico, la definición mínima. Es imperativo analizar caso por caso, en su especificidad: “Ser víctima otorga prestigio, promete y fomenta reconocimiento, activa un potente generador de identidad y derecho de autoestima, inmuniza contra cualquier crítica, garantiza la inocencia más allá de toda duda razonable.” (Lamas, 2018,

p. 46). La cultura de la queja invade los espacios y emergen algunos de los siguientes problemas:

1. El movimiento feminista alimenta el puritanismo y conservadurismo de derecha.
2. Se construye a la mujer como un ser carente de autonomía y autoprotección, sin herramientas para decir “no”, sin capacidad deliberativa.
3. Des-erotiza la vida al exigir que los encuentros eróticos se protocolicen paso a paso.
4. Despoja al universo varonil de capacidad de autocontrol.

¿Cómo escapar de sí mismas? Escapar del cautiverio de la victimización y de la autocompasión; pues también aniquilan el ser, disminuyen la potencia de espíritu y la voluntad de poder. Hay que escapar también del sobrediagnóstico, de la teoría que exige radicalismos o convicciones infelices; del dedo flamígero que señala que mucho de lo que hacemos o elegimos no es lo suficientemente feminista; de las

consignas del movimiento de lucha, que filtran casi todo, a todos. La irracionalidad de nombrar a todo como acoso, advierte Lamas, exagera el miedo y hace descansar

en la subjetividad, unas probables verdades sin matices, se pierde el núcleo importantísimo de la lucha, “La subjetividad tiene elementos inconscientes y fantasías, y es imposible responsabilizar a las personas por cuestiones inconscientes”, (Lamas, 2018, p. 61). La premisa que sostiene que si alguien se siente acosada, entonces fue acoso, diluye las posibilidades de un proceso justo y correcto, se vuelve impropio. Nos empuja a desatender lo sus-

El feminismo fracturado, atomizado, se mira con sospecha en sus distintos matices y desde sus diversas trincheras.

tancial del fenómeno de la violencia contra mujeres: niñas y adultas. No nos escuchamos.

Combatir al minotauro de la autocompasión permanente, ¿no es momento de rehabilitar la ética del placer que la misma Hierro nos mostró? Escapemos de la des-erotización de la vida, a veces castigando al otro, nos castigamos a nosotras mismas.

¿Qué nos queda? Hablo en plural. Es gratificante percatarnos de que algo (o mucho, no lo sé) han logrado los feminismos al nombrar el problema. La visibilización del dominio de un género sobre otro (u otros, no olvidemos la comunidad LGTBIIH+) ha dado frutos, pequeños, sutiles, pero los hay. Cuando escuchamos nuevas concepciones de las y los jóvenes al hablar del amor, no concebido como el centro de sentido, principio y fin de su existencia, no ese amor unilateral, que da sin esperar, que es incondicional. Algunas y algunos buscan el amor como construcción del nosotros, como corresponsabilidad, como crecimiento conjunto.

Es satisfactorio saber que hemos desdibujado aunque sea un poco, quizá muy poco, el “mal” del cuerpo y del alma de las mujeres y logrado a su vez, que más jóvenes varones puedan aprender la autorregulación y la paternidad responsables. Vivir en nosotras mismas y gozar del cuerpo y de los placeres del alma, de la sexualidad, de la amorosidad con respeto; es una tarea de todas y todos. Hay mucho por hacer, pues a la par del ejercicio de emancipación de las mujeres, la mercadotecnia neoliberal atrapa a la juventud posmoderna que también está siendo sumergida por la seducción de convertirse en el centro de las miradas, en el centro de la envidia, en *fashion victim*; la hipersexualización y metrosexualidad es manifestación de ese

traslado, y las y los educadores/as tenemos mucha responsabilidad en posibilitar miradas críticas. Necesitamos sí, los lentes del género, son imprescindibles, pero no debemos reducirlos a una lente que nos haga ver todo de un solo color.

Es motivo de ilusión nietzscheana, vislumbrar que llegaremos un día a tratarnos más humanos y humanas, “superar el género” dice el filósofo Javier Sádbaba, considero también superar el color de piel y la nacionalidad y la clase social y la adscripción étnica. “Amar significa renunciar a la fuerza” escribe Kundera en *La insoportable levedad del ser*. Me parece que allí puede estar el camino, superar estos diques; diluir la dominación violenta (de uno u otro) y encontrar una vida, no libre de conflictos, pero sí llena de posibilidades y creatividad. Trascender el cuerpo y la imagen, mirando —como nos lo enseñó *El Principito*—, con el corazón, a quienes están a nuestro lado.

Referencias bibliográficas

- Calasso, R. (2013). *Las bodas de Cadmo y Harmonía*. Barcelona: Anagrama.
- Dio Bleichmar, E. (2014). “Mujeres de siempre... mujeres del siglo XXI”. En Dio, Bleichmar. *Mujeres tratando a mujeres con mirada de género*. Barcelona: Octaedro.
- Hierro, Graciela. (1992). *La mujer y el mal*. Isegorías, pp. 167-173.
- Lagarde, Marcela. (1990). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, presas, putas y loca*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Lamas, M. (2018). *Acoso: ¿denuncia legítima o victimización?* Ciudad de México: FCE.